



EDUARDO BERTI

LA ESTRELLA
Y LA MEMORIA

IMPEDIMENTA

Rogelio Samir, amigo de infancia

El 29 de junio de 1986 yo miraba el partido, como todo el mundo. Fue impresionante, una cosa de locos. No se veía una mosca... ¿Cómo se dice? No se oía volar una mosca. Todos con la televisión, con la radio o las dos cosas a la vez: la televisión a propósito sin sonido, más la radio a todo volumen, hice yo. En cuanto nos empataron, sentí un pinchazo. Algo muy feo. Les juro, como una puntada acá (SE TOCA EL PECHO), como una especie de fuego que baja por todo el cuerpo. Y un temblor. Una locura. Nunca había sentido algo así. Y me asusté. Me dije que el fanatismo puede ser muy peligroso. Ahora entiendo, patente, lo que pasó. Pensé que perdíamos la copa, fíjense mi confusión. Pero vino el tercer gol. Y, de golpe, sonó el teléfono. En medio de la final, ¡alguien que llama por teléfono! Así y todo, me levanto. Voy y atiendo. Es el Gordo, Horacio Magliano. «No me

digas que querés comentar los goles», le digo. «Dale, che, dejame en paz.» Pero Horacio parece inquieto y, ¿cómo se dice?, agitado. «Se murió Eliseo», me anuncia. Casi me caigo redondo. Lo cuento hoy y siento de nuevo el mareo. Y ese dolor. Todavía, treinta..., casi cuarenta años después, me cuesta creerlo. Lo más fuerte fue cuando el Gordo me explicó dónde lo habían encontrado. ¿Cómo? Entonces, ¿Eliseo estaba de vuelta, era verdad? ¿Desde cuándo? ¿Y no había llamado a nadie? ¿O acaso algunos sabían y no me lo habían dicho a mí? Terminé de ver la final como si jugara China contra Jamaica y me importara un pepino el resultado. Bueno, claro que me alegré con el gol de Burruchaga. Pero, si quieren la verdad, miré el partido como si fuera una repetición. Como si se hubiera jugado dos meses, dos siglos atrás. Mientras tanto, no paraba de pensar en el momento que había elegido Eliseo... O, mejor dicho, el momento que había elegido la muerte para llevárselo a él. Qué ironía. O qué acierto más terrible, digo yo.

Esta es la frase inicial, no tengo dudas. Cuando hagas el montaje, querido Vasco, no la llenes de imágenes del mundial de México. Que el deporte se evoque en un segundo plano, sin eclipsar la historia de Eliseo Alegre.

Primera tanda de títulos, cortos y simples. Yo sé que a Talpone le gustan los grandes fuegos de artificios. Por favor, no. Te mando también la música que nos grabó Rufino. Me gusta la pista 2 para esta parte.

Abel Meijía, periodista radial de Los Pozos

Cuando se habla de fútbol en nuestro pueblo o en esta zona del país, a los nombres inevitables de los cracks internacionales (Pelé, Messi o Maradona), nosotros siempre añadimos el nombre de Eliseo Alegre. Con toda naturalidad, como si fuera uno más en esa lista de elegidos, pero también con el orgullo de haber sido los testigos privilegiados de un genio. En fin, de un genio secreto. (SONRÍE, PAUSA. DEJARLO, ¿NO?) Por supuesto, el mito creció con el tiempo, y la leyenda hoy reemplaza a los datos ciertos. Pero a nosotros, que lo conocimos de veras, como futbolista y como persona, nos encanta hablar de él. Recordarlo y poner, de paso, las cosas en su lugar.

Acá, el título principal. El que señala el inicio. Lo que quiere poner Talpone («La triste leyenda de Alegre») no me gusta: triste-alegre, una obviedad.

Creo que convencí a Talpone de no usar una voz en off, de prescindir de un locutor. Vamos a usar, en cambio, «segmentos de imágenes»: separadores con fotos, videos o ilustraciones para apuntalar el relato. Para que el relato respire.

En este caso, por ejemplo: fotos de la trayectoria de Eliseo Alegre. No las gastes todas, no hay muchas.

Jacinto Mena, amigo de infancia

La primera vez que vi a Alegre fue en marzo de 1952. En la prehistoria. (SE RÍE) Teníamos, él y yo, seis años. Corría el primer día de clases, estábamos todos formados en el patio, al aire libre, y la señorita Monsalvo, nuestra maestra de segundo grado, apareció trayendo a un pibe paliducho y con cara de asustado. «Se llama Eliseo —nos dijo—, es un nuevo compañero desde hoy.»

Ermino Heredia, amigo de infancia

A mí me impactó saber que Eliseo venía de lejos y, sobre todo, que venía de una gran ciudad. No de un pueblo chico como este, ¿verdad? Por supuesto, en la escuela corrió el rumor de que era de Buenos Aires. Eso hizo que todo el mundo enseguida hablara de él. Pero ese malentendido no lo ayudó. Porque después, días después, cuando supimos que no, que en verdad venía de Mendoza y ni siquiera del centro de Mendoza, sino de un barrio alejado que era idéntico a nuestro pueblo, cuando supimos estas cosas, se produjo una especie de decepción. Y del interés inicial pasamos todos, de golpe, a una mezcla de indiferencia y desprecio.

Imágenes de Los Pozos. Fotos viejas y filmaciones actuales. El pueblo cambió tan poco (se agrandó, adquirió otra escala, pero

se ve casi igual) que las imágenes podrían encadenarse como si fueran todas de una misma época.

No olvides, en el armado, poner el cartel de la entrada, con LOS POZOS en letras negras. Hay dos carteles, por cierto. Prefiero el que tiene la primera O de POZOS oxidada.

María Celia de Pedro, historiadora de Los Pozos

Lo digo con todo el respeto y todo el cariño del mundo: en esos años nuestro pueblo era un pueblito. Y, en verdad, lo sigue siendo. Alguna vez, pero hace mucho, estuvo a punto de contar con una estación de tren. Finalmente, la estación fue construida ochenta y dos kilómetros más al norte, en otro pueblo, que desde entonces es nuestro «gran enemigo»: Coronel Cruz. Pero si usted sigue en un mapa el trazado ferroviario, verá lo extraña que es la curva a nuestra altura. La curva que apunta al norte y pasa por Coronel Cruz. El desvío es tan antojadizo, tan artificial, que solo pudo deberse a algún turbio negociado.

A partir de este desplante, si puedo llamarlo así, nuestro pueblo quedó marcado para siempre. Coronel Cruz, usted sabe, se volvió una gran ciudad, con las ventajas y los problemas que supone algo así. Mientras tanto, acá, en Los Pozos, se conservaron mejor ciertas costumbres... Sin hablar de los recuerdos colectivos, impregnados de nostalgia. Somos, me lo repito a veces, un

montón de pasajeros en una estación que no existe, a la espera de un tren que nunca vendrá.

Irene Mayer, dueña de la más antigua inmobiliaria de Los Pozos

De las tres mil casas que hoy conforman el pueblo, unas quinientas no existían cuando la familia Alegre llegó para establecerse en 1951. O a principios de 1952. Es sencillo distinguir las casas viejas de las más recientes. Las primeras presentan cualquier estilo: ladrillos rojos a la vista o todas blancas, construcciones de uno o dos pisos, con terrazas o con techos a dos aguas. En las más nuevas, en cambio, vemos el peor ejemplo de uniformidad, como si los muchos estilos de las casas más antiguas hubieran sido un banco de pruebas hasta crear un modelo oficial.

Carmen Bonfanti, intendente de Los Pozos desde 2019

La «casa gris», le dicen todos a la casa donde creció Eliseo Alegre, en la calle Tucumán, casi esquina con Belgrano. Una de las más singulares de Los Pozos.

Horacio Magliano, amigo de infancia

La visité varias veces, sobre todo cuando íbamos a la escuela. La recuerdo todavía como una casa mal amueblada...

Me refiero a la sensación de que los muebles eran muchos, o eran pocos, qué sé yo, pero estaban donde no tenían que estar. Como si alguien tuviese que aparecer para ponerlos en orden.

Teresa Scarpi, vecina de Los Pozos

Un gran portón. Unas rejas. La fachada gris, con manchas de humedad. La casa llevaba cinco años sin que nadie viviese en ella. Porque había ocurrido un drama allí, querido. Un crimen entre esas paredes. Y nadie quería saber nada. Ay, nadie quería vivir ahí.

Sergio Polito, periodista, autor de la única biografía de Eliseo Alegre

La llegada de los Alegre puso fin a esa especie de... Al ostracismo, digamos, de aquella casa. Todo por culpa del miedo y de la superstición.

Irene Mayer, dueña de la más antigua inmobiliaria de Los Pozos

Si cierta casa había sido escenario de una tragedia, nadie quería vivir en ella por diez años. Nadie debía vivir en ella... A menos que se quisiera correr el riesgo, por audacia o falta de opciones.

Imágenes de la casa, medio en ruinas. Parece que hace unos años alguien la quiso demoler (un promotor inmobiliario, nos comentó Irene Mayer) y, justo a tiempo, los más viejos de Los Pozos lo impidieron. Solo una parte quedó medio destruida; el resto, dicen, se ve igual. ¿Quizá podríamos presentarla en dos etapas? Al principio (primer armado) sin mostrar los daños aún. Podrías hacer un armado en blanco y negro, con los ángulos intactos. Más tarde, sí, vemos el paso del tiempo, las partes rotas, ¿en color esta vez?

Patricia Alegre, hermana

Algo me dice que el agente inmobiliario que convenció a mamá de las bondades de la «casa gris» no tuvo la honestidad de contarle lo ocurrido con la familia anterior. O tal vez se lo contó y le explicó que, por eso mismo, el alquiler era barato... Como sea, a mamá le convino en un momento tan duro.

María Celia de Pedro, historiadora de Los Pozos

Por entonces era inusual que se radicara en el pueblo una familia venida, como usted sabe, de muy lejos... Mucho menos una familia desprovista de la figura de un padre.

Sergio Polito, autor de la biografía

La señora Alegre había tenido a sus dos hijos con su único hermano. Su hermano mayor era el padre, quiero decir. De la historia de los hermanos, de Braulio y Elena Alegre, sabemos, incluso hoy, bastante poco. Al parecer, su hermano la tenía encerrada en una casa de campo, en las afueras de Mendoza. Lo cierto es que la señora Alegre escapó y logró llevarse a sus hijos: Eliseo, que era un bebé, y Patricia, que tenía menos de tres años.

Patricia Alegre, hermana

Al principio, mamá se instaló en el centro de Mendoza. Allá había unos primos nuestros. Pasamos unos cinco años en Mendoza capital, sin ver más a nuestro padre. O quizá mamá lo veía, pero muy de vez en cuando. Esto nunca lo entendí. El asunto es que ella tomó distancia. Y apostó a que sus primos la apoyarían, la defenderían de él. Es decir, de nuestro padre. Apostó a que tomarían partido por ella de modo incondicional, pero no fue como mamá se lo esperaba.

Sergio Polito, autor de la biografía

La señora Alegre no se sentía a salvo. Quería proteger a sus hijos. Protegerse. Eso en Mendoza, cerca de su hermano

Braulio, era una empresa irrealizable. Así que resolvió mudarse nuevamente. Lejos, lo más lejos posible. A un pueblo de esos que, digamos, no aparecen en ningún mapa. Lo hizo sin avisar a nadie, ni a sus primos. Lo hizo, me consta, cortando de cuajo con todo.

Patricia Alegre, hermana

Para venir a Los Pozos tuvimos que viajar casi mil quinientos kilómetros. Mamá tenía un Renault 4 azul que hacía unos ruidos espantosos. Recuerdo que me pasé el viaje tapándome los oídos. (SE LLEVA LAS MANOS A LAS OREJAS) Yo tenía nueve años, creo. Entre ocho y nueve tenía, y no me gustaba nada la idea de irme. Mis amigas vivían todas en Mendoza. Pero Eliseo era más chico. Tenía siete años, apenas. Creo que sufrió la mudanza menos que yo, aunque con él no había forma de saber lo que pensaba. Siempre fue muy reservado.

Sergio Polito, autor de la biografía

Una vez en la casa gris, la señora Alegre se puso en acción. ¿El escribano buscaba una secretaria, el farmacéutico buscaba una asistente? Bueno, ella se presentaba. Pero no había tantos empleos disponibles en un pueblo así de pequeño. Y además tuvo mala suerte, al parecer. Porque en su segunda entrevista laboral, a ver si la tomaban como

vendedora en una tienda, en la única mercería de todo el pueblo a comienzos de los cincuenta, resultó que el dueño de esta mercería tenía una mujer que, digamos, y esto aparece en mi libro, era la más indiscreta de aquel lugar. Así que cuando Elena Alegre acudió para la entrevista, bien peinada, algo apretada en su vestido más caro y más elegante (un vestido, cuenta su hija, que empezaba a quedarle un poco ajustado), la mujer se aprovechó...

Patricia Alegre, hermana

La esposa del dueño de la mercería, al corriente de la entrevista que va a pasar mamá, le escribe a su marido, en un papelito, cada una de las preguntas que ella y sus amigas se hacían acerca de nosotros tres... Mamá se niega a responder. O, más bien, responde a medias. Pero el dueño de la tienda, que al final no la contrata, consigue echarle una veloz mirada a la libreta civil. El tipo pide ver sus documentos, lo pide con falsas promesas. Algo que no se hace, no. Y así supo que mamá tenía veinticinco años, que había nacido en Mendoza y que no se había casado. Que era soltera, qué horror. (SONRISA SARCÁSTICA)

La hermana de Alegre nos permitió filmar el documento de la madre. Sería perfecto insertarlo en este último testimonio. Hay más fotos de Elena Alegre e imágenes familiares. En cambio, como verás, ninguna foto del padre.